

Recensión bibliográfica

Sanguinetti, J. J. (2019). Cuerpo, mente y ser personal. Ediciones Logos – Instituto de Filosofía de la Universidad Austral.

Moreno, J. E.*

Juan José Sanguinetti, autor de esta obra, es Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Navarra y es catedrático de Filosofía del Conocimiento en la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). Es autor de numerosas publicaciones sobre temas de filosofía de la naturaleza, filosofía de la ciencia, filosofía del conocimiento, filosofía de la mente y de la neurociencia.

El libro *Cuerpo, mente y ser personal* nos ofrece en su conjunto una buena exposición de los diversos problemas del diálogo interactivo entre las ciencias, especialmente la psicología, y la filosofía de la persona, así aborda el cómo entender el cuerpo humano, la inmaterialidad de la mente y la causalidad del yo.

Esta obra consiste en una selección de artículos, conferencias y comunicaciones en congresos, algunos publicados y otros solamente presentados; todos en español, si bien algunos fueron publicados o presentados previamente en otras lenguas.

Juan F. Franck y Claudia E. Vanney

presentan esta nueva publicación del Instituto de Filosofía de la Universidad Austral haciendo referencia a las dos ideas conductoras de la misma. Así señalan que Sanguinetti propone una concepción más amplia de la noción de hilemorfismo, entendido como la relación entre principios de orden diverso. Lo físico se ordena a lo biológico en el ser vivo sin perder su peculiaridad, lo biológico a lo intencional y psicológico, y este último a lo personal.

La segunda idea conductora es que el dinamismo de la persona responde a dos vertientes la espiritual y la corporal, entre las cuales por momentos puede existir una cierta tensión, pero prevalece la cooperación e integración. El autor intenta evitar caer en un espiritualismo desencarnado, como también en reduccionismos, ya sea biológico, psicológico o cultural.

La obra consta de diez capítulos. Comienza considerando la interacción de la ciencia con la filosofía. La interacción supone que no existe una total independencia entre la filosofía y la ciencia, sino una relación

*Dr. en Psicología. Pontificia Universidad Católica Argentina. Centro de Investigación Interdisciplinar en Valores, Integración y Desarrollo Social..

Correo electrónico:jemoreno1@yahoo.com.ar

DOI: <https://doi.org/10.46553/RPSI.16.32.2020.p140-142>

Fecha de Recepción: 14 de septiembre de 2020 Fecha de Aceptación: 20 de septiembre de 2020

y complementariedad entre ambas. Evita poner a la ciencia al servicio de la filosofía y busca una integración que respete la autonomía de cada disciplina. Nos dice que la filosofía permite iluminar los contenidos de las ciencias para lograr de este modo un conocimiento esencial, una comprensión más profunda. Las ciencias, a su vez, proporcionan a la filosofía un conocimiento más concreto y la acercan a la experiencia.

En el segundo capítulo se centra en la noción de evidencia. Nos habla de buscar prioritariamente el observar las cosas, más que en tratar de demostrar o justificar afirmaciones. Por eso propone recuperar la confianza en la percepción natural como fuente de toda evidencia. La evidencia es un acto cognitivo por el cual un sujeto, en presencia de un objeto intencional complejo, está convencido de su existencia y de las propiedades que se manifiestan en esa presentación, lo que lo predispone para pronunciar un juicio afirmativo sobre la verdad de dicho objeto.

En un tercer momento aborda el tema de la necesidad del contexto para comprender una expresión, sin por ello tener que adoptar una postura relativista.

A continuación (capítulos cuatro, cinco y seis), considera las tres nociones básicas del diálogo interactivo entre las ciencias y la filosofía de la persona.

En primer lugar, la noción de cuerpo intencional, las manifestaciones corpóreas del hombre refieren a situaciones intencionales de tipo cognitivo, afectivo y comportamental. Afirma que desde una postura hilemórfica es posible entender mejor la presencia en lo corpóreo de una formalidad superior y así explicar mejor la vida intencional.

Luego aborda el tema de la existencia de un principio inmaterial en el hombre, pero que está intrínsecamente relacionado con la corporalidad, la mente humana está corporalizada. Sin embargo, en el conocimiento intelectual se da una mayor independencia de la materia.

En tercer lugar, plantea el tema del hombre como agente de sus propios actos, el yo como causa. Es decir, de las acciones que llamamos libres y voluntarias y que consideramos como propias, como nuestras.

“La persona humana es el más poderoso agente causal en el mundo. Es una causa auto-consciente y libre, con la capacidad de moverse a sí misma como un todo y de manipular eventos en el mundo físico. Influye intencionalmente en otras personas y es influida por ellas. El poder del sí mismo humano, del yo, no es algo extrínseco y super-añadido a la naturaleza, sino que es completamente comprensible en el amplio cuadro de la vida intencional. El yo humano, yo ‘incorporado’, espiritual y material a la vez, posee el más alto grado de auto-organización y el dominio teleológico más elevado del universo” (p. 149).

En los cuatro capítulos finales desarrolla las características específicas de la realidad del ser personal: el conocimiento personal de los primeros principios, el descubrimiento de los valores, la actividad contemplativa y la distinción entre

sentimientos y voluntad.

Estudia la incidencia de la comprensión de los principios en la existencia de la persona humana. La cuestión de los primeros principios es clásicamente aristotélica, como también del tomismo. Desde esta postura los primeros principios son una forma de conocimiento natural incontrovertible, la cual es previa a todo otro tipo de conocimiento, como una dotación innata del hombre o como hábitos cuasi innatos. Los primeros principios son presupuestos cognitivos implícitos, absolutos y permanentes de nuestros conocimientos, expresiones lingüísticas y acciones. Suponen un conocimiento básico unitario e indivisible, como una suerte de percepción intelectual originaria y no refutable de lo que somos yo, los demás y el mundo en su existir conjunto. La existencia de este saber originario implica que todos los seres humanos estamos mancomunados en reciprocidad en torno al ser, la verdad y el bien.

Luego examina el vínculo entre los valores y el conocimiento personal. Existe una vinculación intrínseca entre el conocimiento y los valores, el conocimiento intelectual hace referencia a los fines, se relaciona con verdad y el bien, además no solo recae sobre cosas, sino también sobre las personas que son valiosas en sí mismas. El conocimiento personal excede el carácter objetivante o abstracto, se relaciona también de manera estrecha con la afectividad y los valores. Al conocer a las personas uno advierte que tienen razón de fin, no de medio

o instrumento.

Al considerar la contemplación señala que la mirada contemplativa se complace en un objeto en tanto presenta alguna excelencia, como por ejemplo la armonía y la proporción. El bien genera complacencia, lo mismo que la presencia de una persona querida o una acción bien realizada. La contemplación no perceptiva puede también ser deleitable, como por ejemplo una teoría científica.

El deleite o complacencia son una invitación a ir en pos de lo verdadero y de lo bueno.

Finalmente, en el último capítulo, trata la diferencia de los sentimientos, como algo que le acontece a uno, respecto de lo voluntario que hace referencia a nuestra capacidad de querer y decidir. La voluntad no se limita a tomar decisiones por una mera conveniencia racional, como si fuera una máquina de calcular, sino que arbitra sobre los medios, razona, en función de algo que ama. Una persona decide comprar determinado medicamento (razón de su conducta: medios) porque pretende preservar su salud (motivo de su conducta: fin), porque desea o ama a su propia salud en mayor medida que poseer otros bienes. La decisión voluntaria supone un juicio y se apoya en alguna verdad, pero lo voluntario es un tender decidiendo, que integra los dinamismos emotivos, subjetivos, en la acción propia de la persona.

Entre la voluntad que decide actuar por amor y los sentimientos como afectos voluntarios pasivos existe una interacción recíproca.